



Juan José Ceba



CUANDO MI CALLE ERA EL UNIVERSO





CUANDO MI CALLE ERA EL UNIVERSO

JUAN JOSÉ CEBAS

Cuando la calle en que nací era el universo entero. Más allá todo era tierra incógnita para el niño. Todo mar en tinieblas. Aquel era el lugar de la seguridad y de los días apacibles: calle Ancha, en el barrio de La Loma. Ancha, es decir, espacio suficiente para la respiración, el juego y la imaginación dichosa. Loma, lugar en alto, refugio y fortaleza, casi claustro materno, hasta donde no era posible que alcanzase ningún mal, peligro alguno, ni embestida iracunda de las ramblas. Sitio a salvo de enemigos, que avanzaban, piedra en la honda o en la mano, intentando el imposible asalto de mi barrio imbatible.

Cuando mi calle era el universo, y toda la vida y los oficios fascinantes se activaban en ella: el carpintero ciego que sabía tu nombre y te reconocía por tu olor y tu andar sigiloso, entre los operarios y los vahos profundos de los aromas de todas las maderas.

Aquella pareja de arcángeles mayores que, al lado de tu casa, endulzaban la calabaza o partían –de madrugada- las almendras, para hacer el turrón. Y os daban a probar, al día siguiente, los restos deliciosos en el enorme recipiente de cobre. Un festín para ti y tus hermanos. Vivir junto a los turroneiros, y a la gracia melosa del olfato, era lindar con el lugar del paraíso. La dulzura gustada –que venía repitiéndose tras cada laboriosa madrugada- se ensanchó por el alma.

¿Era un juego trabajar montado en un caballo de madera? Jinete subido en un potro de roble, pasaba el día en la calle, el



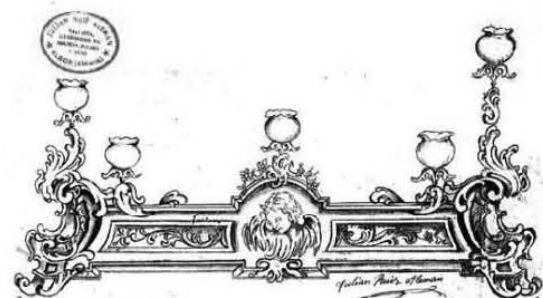
Realizando suelas para Alpargates



La Alpargatera



Julián Ruiz "El Tallista"



Proyecto de Trono diseñado por Julián Ruiz para la Cofradía de Ntra. Sra. de las Angustias de Albox



Proyecto de trono de Julián Ruiz para la Virgen del Saliente



Retablo realizado por Julián Ruiz para la Virgen del Rosario, en la Parroquia de Santa María de Albox



José Ibáñez Fábrega, el dorador

padre de mi amigo, cosiendo con su lezna y sus hilos las suelas de cáñamo para las alpargatas.

Y a dos pasos, con las puertas abiertas del taller, las muchachas alegres de la alpargatería cantan coplas, ríen, hacen bromas y hablan a voces, con picardía e intención. Mientras, laboran en el calzado humilde, que sale terminado de sus manos.

Sin transición, el niño pasa desde la noble artesanía al deslumbramiento del arte —que le va abriendo vías de sospecha hacia la creación. No hay fronteras ni muros entre el laborar lento y cuidadoso del artesano y del artista.

Puerta con puerta, incendiario para el despertar del chiquillo, vive El Tallista con los suyos. Encuentra dentro de la madera lo que nadie ve, sino él: imágenes, retablos, tronos, cornucopias, motivos vegetales, aves y seres mitológicos. Alma y latido en lo que fueron troncos.

El crío está conmocionado y fascinado en el taller. Siempre que puede se escapa a aquella casa de lo nunca visto y se pasa las horas en silencio viendo tallar al escultor. Su madre sabe dónde buscarlo cuando no aparece. Nada le interesa tanto como lo que de allí surge. La creación y los sueños toman forma. Aún no sabe que todo aquel esfuerzo sobrehumano por alcanzar la magia tiene el nombre de Arte.

El chiquillo acompaña muchas veces a su tío, el dorador, que emplea el pan de oro para cubrir y embellecer un trono. Su trabajo es lento, arduo y amoroso, una hermosa y antiquísima tarea de cirugía iluminadora. El maestro ve tan interesado al párvulo, que le cuenta y le va mostrando los secretos y detalles de su oficio.

Emplea láminas muy finas de oro batido. Para llegar a esas hojitas —tan delicadas— que tiemblan con el aire, han tenido que extender las planchas de oro a golpes de martillo, hasta llegar a lo más extremo de su delgadez.

Toma de una caja de madera un librito de pan de oro, que recuerda los libritos de papel de fumar. Desprende la hojita blanca de papel de seda que recubre el oro. Ahora no respira. Si lo hiciera, volaría como una mariposa o se rompería en el aire en incontables alas. (Así recuerda que le dijo su tío). El infante contiene de igual modo la respiración.

Con un cuchillo de hoja ancha, que usa como una pala, traslada el pan de oro a una almohadilla. Se ayuda con un pincel de pelo de marta, para llevar con delicadeza límite el oro a la madera, que ha sido previamente preparada. Recubre, poco a poco, los relieves del trono, y prosigue, absorto y olvidado del tiempo, usando una piedra de ágata para bruñir el oro, hasta que luce diáfano y esplendoroso como un sol. Queda el infante seducido e impresionado con la maestría propia del artesano, y sus muchos siglos de heredada tradición artesanal, un trabajo meticuloso, entregado y fino como ningún otro.

De madrugada, el pequeño aprendiz ve volar incontables mariposas de oro que recubren sus labios.

Afuera, en la calle donde nació, universo de adentro, van surgiendo todos los oficios en su desvivir, el trabajo creador de las manos, que siguen reclamando otra civilización más sensible y humana.